Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, XCVII-2, 2021, 411-413

JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA: EL HUMANISMO.

El nombre del profesor López de Abiada ha estado presente durante décadas en el campo de la crítica literaria española, que es decir global, porque trabajos como *Imágenes de España en culturas y literaturas europeas (XVI-XVII),* 2004; o *Entre el ocio y el negocio*, 2001, y otros varios sobre literatura latinoamericana; son ejemplos señeros de literatura comparada que le habrían gustado por igual a G. Steiner que al mismo Borges. Siempre rodeado de los mejores críticos, Martín Nogales, J.C. Mainer, J.L. Cebrián, Gustav Siebenmann, etc., no se entiende que no hayan tenido más ediciones, al menos en España. Claro, que la Literatura -digo eso, no los *best-sellers* ni la poesía tardo-adolescente- pierde peso cada día en esta sociedad del metaverso; y eso quizá lo explique.

La biografía de este profesor (Abiada, en Cantabria-1945, Zurich-2022), fallecido el 16 de enero de 2022, va unida a la oscura posguerra y a la obligada emigración. Lo que ocurre es que, en este caso, el que empezó haciendo de «caddy» para los golfistas suizos, resultó ser un *self-made man*. Primero estudió Derecho y Económicas y después se entregó de lleno a la Filología. Tras ejercer durante años de abogado laboralista, siempre vinculado al PSOE de los 80, se doctoró en lo suyo, la gran literatura. Como discípulo de Eugenio de Nora (1923-2018), del que heredó su

cátedra en Berna, comenzó centrándose en el exilio. El grupo «Espadaña» y su literatura comprometida -siempre opuesto al grupo escurialense-, no parecen mal otero para vislumbrar por dónde iba a ir su trayectoria. Ya políglota, italiano, francés, alemán y valón, de pitanza, Abiada pasó de Crémer y Celaya -ahí están sus estudios-, a lo que se ha llamado «letra pequeña del 27». Sus trabajos y ediciones de *La Venus mecánica, El blocao y El nuevo romanticismo*, de José Díaz Fernández, así como los de Balbontín, también autor teatral -*La canción de Riego, El cuartel de la Montaña*-son de obligada referencia entre los estudiosos. Tradujo, ya en 1981, en edición bilingüe, al alemán Gottfried Benn (Ya saben, «La vida duró veinticuatro horas/ y como mucho fue una congestión». Ed. Júcar), y en la misma colección a Goethe (1985), con un prólogo de casi cien páginas. Se empleó en componer, con un criterio innovador, la antología consultada, *Poemas memorables (1939-1999),* editorial Castalia, 1999, porque seguía la idea de la que en 1952 editó Francisco Ribes: la mejor poesía es la que nos acompaña, la que nos sabemos de memoria y recitamos entre amigos. Sus cientos de artículos de prensa están sobre todo en *Diario-16* (César Antonio Molina), *La Verdad* de Murcia, *El País* (magnífica entrevista, por ejemplo, a A. Gamoneda) y revistas especializadas, desde *Quimera* y *Clarín* a *Ínsula*, por no citar en alemán e italiano.

Pero, sobre todo, vamos a su mejor faceta: por su cátedra de Berna, también por Berlín, ha pasado durante lustros lo mejor de la literatura española contemporánea. Desde Juan Marsé y Chirbes, a Javier Marías, Prada y Pérez-Reverte, (lo de éste recogido en Alfaguara, *Alatriste. La sombra del héroe*, 2009). Lo demás en Verbum, su editorial, de la que fue director de la colección de ensayo hasta enero de 2022. ¿Y por qué fue lo mejor? Pues porque me consta que eso siempre derivó en una amistad prolífica con los autores, de los nos contaba luego anécdotas y peripecias de sus vidas, muchas de ellas claves para entender sus obras. Y también porque así trabaja la inteligencia crítica aplicada a la literatura, Se organiza un ciclo de conferencias en torno al autor y después se publican las ponencias puntualmente corregidas. Esa ha sido la labor de este corredor de fondo, siempre acompañado -hay que decirlo- por la que fue su mujer. Augusta López Bernasocchi. Por no citar, pues nos dejamos mucho, obviamente,

la dirección de tesis doctorales sobre poetas tan necesarios como Roger Wolfe o el mismo Antonio Gamoneda. También es verdad que, en tantas sobremesas, junto a esas anécdotas sabrosas de algunos escritores nos «amenazaba» a los amigos con publicar sus tantas páginas de memorias. Algo que nunca perpetró, como no lo hicieron el padre de Borges o el Bartleby de Melville.

Me consta que amigos suyos, el citado César A. Molina, Manuel Vicent. Pérez-Reverte. Pío Serrano y Prada, ya lo están echando en falta. Lo mismo hace este otro que ahora escribe, porque por encima, por debajo y en los intersticios de su impagable labor se reveló siempre «una buena persona». Eso que se dice, que todos sabemos qué es y que cada día, en cambio, resulta más escaso. De ahí el lamento y el duelo.

LUIS MARTÍNEZ DE MINGO
MADRID